

JUEGOS DE ARTIFICIO

...Bajo el cielo gris de la ciudad camina vomitando vísceras por la orilla de la vía del tren. Su sombra se derrama hastiada sobre perros pútridos y carnes agusanadas de ratas entre la basura. Se busca entre todas las almas del universo, no se encuentra.

I

Las calles engrosan; el olor a orines, pápalo, humedad, suadero e hígados cocidos se mezclan con los ácidos pitos, desesperados motores, presurosos tacones, lloridos de niños, gritos de vendedores y aullidos de perros. La hora de la angustia, del reloj partido en dos ha marcado el inicio del lunes.

En la calle de Arcanos, una casa salitrosa y porosa mira la ciudad. El gran portón de madera apolillado y con huecos semeja una gran boca con dientes podridos que intenta dejar escapar un alarido. Dentro, un mar de imágenes y sentimientos zarandean la cabeza de José Martínez. Sus manos, una cascada de sangre. Sabe que de nuevo su cuerpo ha sido preso del otro, de aquel el cual no quiere seguir siendo.

II

Han llegado las sombras, José echa llaves y candados a puertas y ventanas, teme a la noche. Golpea paredes, pateo los muebles, su cuerpo comienza a sudar, su respiración se agita, se inflama su cuello, su cara se deforme. Desesperado corre hacia el baño, se sostiene de las paredes, tira jarrones, cuadros y lo que hay a su paso. Con las manos temblorosas abre la llave del lavabo, sumerge su cara en el agua. Al cabo de un rato retira su faz del líquido, respira alargado... exhala, mira su rostro en el espejo, no se ha rasurado, tiene rasguños en la nariz y en los dientes pequeñas masas de sangre, bebe agua y hace buchecitos, escupe, ve como aquella mezcla ennegrecida va desapareciendo lentamente por el orificio

del lavabo, como basura, como desperdicio... como su alma.

Cierra los ojos, su rostro se arruga, lentamente levanta la cara y sube instante a instante los párpados, su imagen se refleja en el espejo. Queda exhausto por unos momentos. Tambalea, se dirige a la cocina, se detiene con la espalda en el refrigerador, vuelve a cerrar los ojos y exhala largamente, abre los ojos, por un instante queda tranquilo.

Un sobresalto en él, su rostro se transforma en angustia, su boca se cuelga, su cabeza gira y su mirada se deshace en una puerta, aquella la cual olvido echarle llave y candado.

III

El viento caliente y fétido se remolina en la azotea de la casa de la calle Arcanos, las nubes de petróleo, los latidos y los hilos de sangre en las manos de José se entretrejen con sus venas.

Despierta, mira a todos lados, se da cuenta que está en la azotea. Con dificultad apoya los brazos en el suelo, se levanta con letargo. Siente calor, un sudor pegajoso y aceitoso corre por las tetillas de su pecho. Escucha una voz; siente como vibra en sus oídos, su respiración se altera, mueve la cabeza para todos lados. Queda inmóvil, no hace ruidos, trata de contener su respiración. Con parsimonia voltea cabeza y dorso despacio, despacio. Escucha otra vez la voz, es en el cuarto de los lavaderos. Temblando arrítmicamente camina, lento, muy lento, la luz de la luna ilumina un tubo de metal, se agacha poco a poco, temblor a temblor lo toma, , sigilosamente se acerca a la puerta de aquel pequeño cuarto, silencio a silencio, respiro a respiro toma la manija ... de golpe abre, amenaza con el tubo, una voz conocida grita:

-¡Tranquilo José he venido a ayudarte!

El brillo de la luna cae en la cara del hombre, José queda petrificado, el tubo cae de su

mano, sus iris parecen reventarse, su boca deja ver su lengua y su úvula resacas, mudas. El hombre camina, José retrocede, hasta caer al suelo, el tipo se coloca en cuclillas, José no puede hablar, está pasmado,. EL hombre acaricia su rodilla y habla:

-Sí te vengo a ayudar, ya no sufrirás más.

José restriega sus manos en su cara incrédulo, abre la boca, sus labios tiemblan y de su garganta un profundo alarido escapa. Con el dedo tembloroso señala al hombre y le grita:

-¡Qué está sucediendo! ¡No es posible! ¿Pero si soy yo? ¡No puedo estar hablando conmigo mismo!

IV

De la boca de la vecindad de Arcanos José sale, pero ahora trae el cabello muy corto, casi rapado, está bien rasurado, su perfil parece de porcelana. Tiene un rostro sereno, mira a la calle y se muerde un labio, la luna chispea en sus blancos dientes, su traje de lino negro desafía a la noche.

V

La luz de la luna penetra a través de las ramas, sólo se escuchan los violines de los grillos, el ruido citadino quedó mudo minutos atrás.

A lo lejos, en lo profundo de la maleza, un galerón hinchado y húmedo despide un olor agrio y sulfuroso, parece esperar a José. Abre la puerta, se escucha el viento al entrar, hace que revoloteen las cortinas las cortinas que una vez vistieron aquella sala como alas quebradas de cuervos. En lo profundo del galerón una luz se intranquiliza, José camina hacia ella, una gran vela sobre una destartalada y coja vitrina se detiene de un cilindro de madera apolillada. El hombre detiene su andar y mira el entorno. La luz tabaco de la vela apenas logra distinguir algunos cuadros en la pared, unos bancos, y algunos huacales

tapizados de hongos, una gran mesa de estilo porfiriano donde descansa una botella de vino, dos copas y tres sillones que acompañan a la mesa como tres serios celadores son lo único que la luz permite distinguir. Camina hacia la mesa, se inclina y detiene sus brazos sobre el respaldo de uno de los sillones: rasca su cabeza, mira el reloj, vulva la cabeza, mira hacia el frente, hacia los lados, otra vez el reloj...

-¡Bienvenido! Te estaba esperando.

Una voz ronca pero atildada se desliza de la oscuridad. José no se inmuta, jala un sillón, se sienta y espera tranquilo para escuchar lo que tiene que decir el anfitrión. Unos aros de humo comienzan a surgir de las sombras, abajo: unos zapatos de corte italiano brillan, después, las valencianas de un pantalón de lino negro con líneas perfectas, más arriba un saco cruzado, una corbata de seda negra que contrasta con un cuello de algodón blanco, después un sombrero gangsteril que se va levantado poco a poco descubriendo el rostro de aquella voz: unas cejas delgadas y bien delineadas, unos limpios ojos grises cobijados por unos párpados entreabiertos, una nariz recta y puntiaguda, unos colmillos nácar y perfectos, las puntiagudas orejas salen por los costados del sombrero. Muerde un cigarro de lado, con tranquilidad retira un sillón y se sienta, delicadamente toma una copa, su bronceada mano tiene movimientos suaves, sus uñas bien pulidas y limadas van acorde con el delgado anillo de diamantes de tres aros que enamora a su dedo anular. Acaricia el cuello de la botella, suavemente la presiona, verte el líquido, da ligeras vueltas al vaso, ofrece la copa a su invitado, José la acepta. Toma otra copa, repite el mismo rito, sólo que a este le agrega sensibilidad olfatoria, lo acerca a su nariz e inhala, da un pequeño trago, cierra los ojos extasiado, una sonrisa se cuele por su rostro, abre el hocico y exhala.

-¡Aaaah, que delicia!

Ve su invitado, lo mira fijamente a los ojos, da vueltas a la copa, ladea el hocico y esboza una sonrisa.

-Y bien, ¿qué propones?

VI

La noche es espléndida en la Mansión Hunter, luce superior con sus bellos candiles en toda la estructura y jardines. En la sala, en un sillón de piel negra está sentado Andrew Hunter, los grandes espejos de la majestuosa habitación le permiten ver todo mientras el tiburón blanco de su acuario danza parsimonioso en el agua. Andrew lo mira fijo mientras sonrío. Dos hombres de trajes negros, uno alto y musculoso, el otro fornido y bajo paran en la puerta. Número uno y Número dos entran. Hunter lento voltea, los mira, la sonrisa se borra de su cara, su mirada se impacta en los dos hombres, con su cadavérica mano da un fuerte golpe en la codera del sillón.

-¡Esta noche, es la noche! Ya está escrito. Ustedes serán parte de la historia, de mi historia. Vosotros sois los elegidos para cazar a la bestia que dará vida eterna. Estoy cansado de fracasos constantes, esta tal vez sea mi última oportunidad. Sé donde se encuentra. Irán por él y me traerán el corazón de ese monstruo. No quiero fallas. Sus vidas penden bajo la daga de Damocles. Vean, ahí sobre la mesa, ¡el estuche! Contiene dos pistolas, cada una está cargada con seis balas de un metal aleado, purificado en ritual por el Chamán del viento, uno de los más grandes dominadores de las bestias. Con esas balas lograrán matar al engendro. ¡No vayan a desperdiciarlas! Número uno, vos tenés el puñal para la extracción. ¡Necesito ese músculo antes del amanecer! Antes que salga el sol. Me he pasado más de la mitad de mi vida tratando de conseguir ese corazón. ¡Hoy así debe de ser!

¡Vayan por él! ¡No regresen sin el corazón!

Uno y Dos dan media vuelta y caminan lentos hacia la puerta, Hunter grita:

-¡Aprisa, que no tenemos toda la vida!

Los tipos corren nerviosos, sus tacones llevan consigna de muerte.

VII

-De nada sirve proponerte. Siempre terminas por decidir. Conozco a muchos como tú.

-Me gusta que sea así. Bien, te propongo lo siguiente. Dejo en paz al otro, al José de carne y huesitos, claro, con una pequeña condición, una nimiedad, nada que te pueda quitar el sueño. ¡Vamos a jugarlo!

-¿Qué?

-Sí, un pequeño juego.

-Un pequeño juego ¿En qué consiste el jueguito?

-Sólo que me acompañes esta noche, hasta el amanecer, quien le salve la vida al otro en tres ocasiones antes de que salga el sol se queda con él. ¿Qué te parece?

-¿Salvar la vida? ¿Cómo está eso?

El anfitrión fuma tranquilo, exhala y habla:

-Hoy es dos, dos de noviembre y me salió una fiestecita de improviso. Recuerda que en este día la noche es muy larga y muy agitada. Es impredecible.

-Pero ¡salvar la vida tres veces! No creo que sea para tanto.

-Bueno, dos veces, quien salve la vida del otro un par de ocasiones se llevará a José.

-Una fiesterita ¿No irás a provocar problemas para que yo sea salvado dos veces por ti y después te deshagas de mí verdad?

-No, yo soy un caballero, no hay truco. La vamos a pasar bien: mujeres, música, mujeres, vino, mujeres, bailes, disfraces y mujeres. Después ya veremos qué hacer.

-No sé. Pero no me parece que vaya a ver tanta acción como para que nuestra vida este en juego, ¡sólo es una fiesta!

-Te debo recordar que cada hora que pase seremos más humanos, y sentiremos placer como cualquier persona; pero también dolor. Hay que estar pendiente de ello. ¡Ojo!

¿Travien monsieur?

-Travien

-Bueno ¿y cómo la está pasando aquel?

-Eres un cínico, pues ¡como la va estar pasando! pues muy mal, ya no desea vivir, ya no sabe ni quien es, está al borde del suicidio.

-Ja, ¡Ah que con ustedes! Me dan risa, se preocupan por almas que tal vez ni siquiera tengan salvación, almas en un sinnúmero. No los entiendo, no te entiendo, de verdad, no te entiendo. Pero bueno, dejemos que la noche decida. ¡Libemos!

Levanta la copa y sombra se desplaza por la mesa, baja por el suelo y se junta con las sombras.

Han pasado un par de horas y en la mesa hay un par de botellas vacías y otra a la mitad, el cenicero rebosante de colillas. El anfitrión enciende un cigarro, da un jalón, de su hocico sale una bocanada de humo que se esparce muy lento alrededor de su cabeza después comenta:

-Estoy un poco mareado, quizá un poco más que mareado. Tenemos responsabilidades semejantes, los dos cosechamos almas, con diferentes propósitos claro, pero al fin y al cabo

cosechamos. Oye, ¿no te sientes solo a veces?

-No, siempre estoy acompañado. ¿Sabes que me acompaña? La verdad. La verdad es algo que llena, que acompaña, que consuela. Nunca estoy solo, siempre hay alguien en quien pensar, a quien ayudar. Eso es la compañía. Algunos humanos no comprenden esto, porque siempre están en la búsqueda de la verdad no queriendo encontrarla. El secreto que reside en ser libre está en...

-¡Silencio!

El animal se paraliza, no hace ruido, con las manos hace señas a José para que este se agache. Se le acerca poco a poco, lo toma de la cabeza y bajito le dice al oído:

-¿Escuchas?

-No, nada.

-No hagas ruido.

Sopla a la vela, todo queda en completa oscuridad y dice a José_

-Tómame del saco, y haga lo que haga no lo sueltes.

Se escuchan tronidos, resquebrajamientos, golpes, gritos y disparos. Número Uno y Número Dos han llegado a la casa del campo.

-¡A ver entréguense jos´ de la chingada! De todas formas les vamos a dar en la madre. ¡No hagan que me encabrone porque madre les va a faltar cuando los agarre! ¡Queónde están jos´ de la chingada!

Número Uno está enfurecido y a oscuras es más difícil dar con sus presas. Le grita a Número Dos.

-¿Dónde estás Número Dos? ¡Dónde estás cabrón! ¡Enciende algo chingao!

Los hombres a tientas voltean toda la habitación, una luz alumbra el lugar sorpresivamente,

Número Uno se detiene de tajo, voltea a ver a Número Dos.

-¿Trías una lámpara? ¡Porque no la encendiste antes cabrónpendejo!

Con la mano abierta golpea la nuca de Dos, un sonido hueco se escucha a la vez que la luz desaparece.

-¡La lámpara cabrón! ¡Búscala rápido pendejo!

Vuelve la luz, los hombres de negro corren, ven una alacena separada de la pared, comienzan a patearla y a destrozarla a golpes, la alacena cae en pedazos, hay un boquete, se ven las luciérnagas en la oscuridad.

-¡Se escaparon!

VIII

La maleza se agita, los trajes sudados y repletos de barro rozan hojas, ramas, magueyes, insectos... el viento.

Corren, caen, se levantan, corren, caen, se levantan y vuelven a correr. La luna los sigue, los zapatos se humedecen, el rocío empapa los pantalones, José suelta el saco, sus ojos sorprendidos ven saltar a su compañero, zigzagueando, con manos y pies levanta la hierba mala y el pasto. Su cuerpo se estira y encoge, corre a cuatro patas como un animal salvaje. Su silueta se pierde en la maleza.

José sigue corriendo. Traga aire y el sudor le corre por la nuca, la barbilla y el cuello, le duele un costado, como si una roca ardiente le rebotara por dentro caracoleándole las costillas. En su cabeza como un eco las palabras le gritan: “¡no voltees, no voltees! ¿Dónde está aquel? ¡Que lo encuentre, que lo encuentre! ¡Señor ayúdame!

Del vacío del silencio una voz escurre entre los árboles.

-¡Por acá, rápido!

Corre hacia la voz, corren. Juntos llegan a un auto, un “*Mustang 72*. Abren las puertas.

José no ha podido subir y el auto ya está en marcha. Triturando hierbas, piedras, insectos y roedores el carro huye a toda velocidad.

Entran en la carretera, como una fiera rugiente se oye un motor, es el auto de los hombres de Hunter. Disparan contra ellos, el Mustang intenta evadirlos, arremete con más fuerza, Se escuchan rechinidos, el sonido de un silbato, fierros vetustos: es el ferrocarril Hay una pequeña oportunidad de atravesar las vías antes que la locomotora. El vehículo repara, acelera con más fuerza: el sonido, la luz, el tren, el auto, las balas, los zumbidos de las balas, el motor, los gritos de Uno y Dos, el sudor, las llantas, el silbato, , el corazón en la garganta, las vías bajo el Mustang... el ferrocarril continúa su destino. Un rechinido logra detener de la colisión a los hombres de Hunter, el auto se va de lado y queda impotente ante el camino del tren.

José está mudo, repegado al asiento, sus piernas estiradas se apoyan con fuerza a la parte posterior del auto, sus ojos desorbitados, sus manos aprietan sus testículos. Su acompañante tranquilamente retira las manos del volante y mira sus uñas.

-¡Nooo! Han quedado horribles, se me rasparon con las piedras de la tierra. Tenemos que hacer algo para reparar el daño a estas uñas. Vamos a bañarnos, a ponernos de gala y a aliñar estas uñas. ¡No podemos presentarnos así!

Lentamente José gira su cabeza, lo mira. No puede creer lo que le está diciendo.

IX

En una gran casa de estructura colonial, las luces lastiman, la frenética música invita a saciar todos los insoñables deseos de la carne. La fiesta de "*Halloween*" está comenzando. Martínez y su acompañante bajan del auto y se acercan a la puerta que condena al placer. Cuatro fornidos guardias los detienen. El más alto y fuerte con voz ronca y prepotente

pregunta:

-¡Sus invitaciones!

Lentamente el acompañante de José mete la mano enguantada a la bolsa interior de su smoking, la saca y muestra la invitación al gorila.

- Aquí tiene, y el señor “*Joseph Martin*” es mi invitado

Con el ceño fruncido y la boca arqueada hacia abajo el guardia toma la invitación, se quita los lentes oscuros, mira a los dos invitados y muestra una sonrisa hollywoodense, esculpida por el servilismo y de inmediato les tiende la mano, abre camino y caravana a los invitados.

-¡Disculpe señor Nassim! Es que con ese disfraz tan perfecto es difícil reconocerlo.

¡Usted siempre tan original! Ya sabe, ¡Aquí estamos para servirle!

Ahora quien se hace llamar “*Nassim*” mira con desprecio a cada uno de los guardias y cede el paso a su invitado “*Joseph Martin*”.

En la amplia y alborozada sala, el alcohol y los saludos corren como río revuelto en tormenta. Los elogios y amabilidades artificiosas van ad hoc con sus disfraces y máscaras.

Nassim toma del brazo a Joseph.

- Hace tiempo que no le doy placer al cuerpo. No voy a desaprovechar la oportunidad.

Mira mujeres y vino por todos lados ¡Caray! Seríamos muy tontos sino disfrutamos. ¿No lo crees así Joseph?

- No estoy seguro. ¡Y no me llamo Joseph!

-Ya, ya, ya. Diviértete, goza, que la vida es muy corta. Bueno, para ti y para mí no tanto; pero de esto no hay todos los días. ¿Oye? Mira, ahí adelante, junto a la barra.

-¡Qué!

-La dama de rojo.

-Sí, ya la vi. Y ¿qué?

¡Cómo qué! Vamos por ella. ¡Hey! Mira, son dos. ¡Son gemelas!

En la barra hecha de caoba, bajo una larga e imponente escalera de mármol, está una mujer de tez morena, con un antifaz de plumas que quita y pone en sus claros y profundos ojos verdes, su cabello negro y sedoso parece flotar. Lleva un vestido rojo escotado que permite deleitar la vista con dos redondos y perfectos senos que resaltan los pezones tras la tela, unos turgentes y curvos glúteos que se detienen en unos carnosos y delineados muslos que terminan en el brillo de unos tacones de aguja. Aprisiona un cigarro con sus suaves y húmedos labios rojos. Su gemela, igual.

Se acercan Nassim y Joseph. Nassim con un encendedor de oro ofrece fuego a la dama.

-Gracias! Muy original y excelso disfraz. ¿Puedo tocar tu naricita?

-Es un placer. No puedo hacer más que suplicártelo.

Sonríe amable y toca suavemente la nariz, las mejillas y los labios del suplicante. Se acerca más a él, y con los labios roza las mejillas lentamente hasta llegar a su hocico. Despacio y bajo le dice al oído.

-Siempre he querido saber que se siente hacer el amor con una bestia, aunque sea disfrazada. Tú realmente lo pareces, espero que seas así para otras cosas. Ven, acompáñame. Lástima que no seas una bestia de verdad.

-Sí verdad.

Se dirige a José quien es acosado por Gemela Dos.

-Espérame aquí sólo un rato. Esto es cuestión de minutos. Mientras-dirigiéndose a Gemela Dos- invítale una copa a esta belleza.

-Eper...

“Nassim” y Gemela Uno caminan tomados de la cintura a través de la gran pista. En la sala la música suena a ritmo de Conga.

“Joseph” intenta ir tras de su Némesis. Gemela Dos lo detiene.

-¿A dónde vas bebé? Déjalos, no seas aguafiestas, se quieren divertir. Vamos a hacer lo mismo ¿no?

X

Número Uno Y Dos bajan del auto, se dirigen a la fiesta. Los guardias le tapan el paso.

-¡Su invitación!

-¡Eh! Creo que la deje en el otro traje.

-Sin invitación y sin disfraz no pueden pasar. ¡Payasos!

Uno se encoleriza, toma por el cuello al guardia que lo ofendió.

-¡A mí no me vas a hablar así pendejo!

Los demás guardias le hacen rueda a Uno y Dos. Uno se queda quieto y afloja poco a poco al guardia. El guardia lo avienta y se soba el cuello.

-¡Váyanse de aquí! No los queremos ver cerca. No les hago nada sólo porque hoy no puedo; pero si los veo rondando por aquí, les vamos a dar una madriza, además de que los vamos a entambar. ¡largo, mugrosos!

Uno y dos se retiran, se estacionan cerca de la fiesta, esperan, piensan. Un auto se detiene.

Una pareja disfrazada baja. La mujer gorda, alta y vestida de largo con una máscara de “Buena niña”; el hombre de baja estatura viste un traje de etiqueta y lleva una máscara de “El Santo”. Uno y Dos bajan del auto, se dirigen hacia la pareja. Uno entre diente dice a

Dos:

-Tú no vayas a hablar.

Se acerca a la pareja. Habla:

-¡Perdón señores! Buenas noches. ¿Me pueden decir dónde queda esta dirección?

Uno muestra un papel a la pareja, la pareja agacha la cabeza, miran el papel. Todo se les oscurece.

XI

En la puerta de la fiesta, el Señor *Williams* y *señora* entregan la invitación. Entran, miran el rededor, la Señora *Williams* acomodándose el escote se acerca a su marido y dice al oído:

-Número Dos, fíjate bien, por ahí deben de andar. Con esta pinche máscara no puedo ver bien y este puto sostén me lastima con las varillas. Tú sólo tuviste que ponerte la máscara, estás más cómodo. ¡Muévete!

Número Uno supervisa el lugar, mueve la cabeza de lado a lado. La colita que adorna la máscara se columpia coqueta sobre su cabeza.

XII

José está mareado, ha tomado más de lo acostumbrado. Gemela Dos le acaricia la nuca y besa sus ojos. Su disfraz de pirata comienza a humedecer.

Mientras, en una alcoba, dos pares de pies sobre una alfombra persa bailan románticos. Los espejos de techo y paredes miran desde diferentes planos a la pareja. En el buró una botella de champagne a la mitad y dos copas húmedas y vacías. La dama despoja de su saco al danzante. Botón por botón la camisa; de un jalón el cinturón. Todo se oscurece.

En la barra Gemela Dos ríe.

En la alcoba Gemela Uno no lo puede creer.

En la barra risas.

En la alcoba gritos.

En la barra José besa una aceituna.

En la alcoba unos labios besan la punta de un seno.

En la barra José sólo con todos.

En la alcoba Todo son ellos.

En la barra la Tierra.

En la alcoba el cielo.

En la barra un suspiro.

En la alcoba, en la barra, en la pista, en toda la casa un profundo, sonoro y alargado aullido.

La música se detiene, todos miran hacia la cima de la escalera. “Nassim” con camisa desabotonada, cinturón suelto, sudor corriendo por su cuello, lengua salivosa y sin zapatos grita:

-¡Guau! Por esto me gusta volver a la Tierra.

La mujer disfrazada de “Buena niña” de su bolso saca una pistola.

-¡No te muevas jijo de la chingada! ¡Quédate quieto cabrón!

La bestia se agacha, corre hacia el pasillo de la planta alta. Uno y Dos disparan, hacen añicos un cuadro de Matisse que colgaba en la pared. Todos corren: gritos, alaridos, desmayos, tronidos, luces, explosiones, todo. De atrás salta José, aprisiona con los dos brazos el cuello de Número Uno, le muerde la máscara. Numero Dos lo golpea en la nuca con su arma. José cae inconsciente. Número Dos lo toma de los cabellos, lo zarandea. Se queda con la peluca en la mano. Uno grita:

-¡Deja a ese cabrón! ¡El que importa es el otro, vamos por él!

Dejan a José, suben a toda prisa, a dos escalones. Se separan, abren a patadas puerta por puerta. Uno llega a la última, no hay nadie, se detiene silencioso. Escucha un ruido, se asoma al pasillo, el ruido proviene de la primera puerta. Se quita las zapatillas, las sostiene entre sus dedos. Despacio, silencioso se aproxima, se detiene, se repega en la pared, se acerca un poco más a la puerta. De un salto entra en la habitación con el arma entre sus manos. Ahí está él. Le apunta.

-¡Ajá! Ora sí pendejo, hasta aquí llegaste.

La bestia cierra los ojos, el otro corta cartucho. Se escucha una explosión y cristales fragmentándose... la bestia abre un ojo: Número Uno tirado en la alfombra con la cabeza abierta, detrás José con una botella rota en la mano.

-Para algo debe de servir el champagne, ¿no?

XIII

En el estacionamiento intentan encender un auto. Un borracho y vallet parking llegan corriendo.

-¡Esta es mi nave! No se pasen de lanza gueé. ¡Malditos ladrones! Bajen de mi nave pero ¡ya!

Se escucha el sonido del cristal bajando lento, lento. Una lengua serpenteante y unas fauces salivosas salen de la ventanilla. Los colmillos se reflejan en los lentes del borracho. Voltea, el vallet parking sólo fue una alucinación. No se encuentra por ningún lado. El hocico se abre, la lengua latiguea. Sale un feroz ladrido. El borracho cierra los ojos y el cabello se le jala hacia atrás, los cristales de sus lentes se empañan, su cara se estira y sus dientes se aprietan entre sí.

-No-no-no hay problema....quédense con el carro, se... los regalo, yo compré otro, no hay problema... Aquí están las llaves. Váyanse con cuidado, no se les vaya a hacer tarde.

Rechinan las llantas, falta poco para que amanezca. Dejan un rastro de angustia y desesperación. Se pierden en el ruido, el humo y la noche.

XIV

Tuc,tuc,tuc...tuc. El carro se ha detenido, se ha terminado el combustible. Queda sobre la carretera, bajan del auto. Se recargan en la cajuela, miran al cielo, voltean a verse, después lo empujan hacia la maleza. El galerón donde se vieron por primera vez está a medio kilómetro de distancia. La luz de la luna se cuele por los huecos que dejan los árboles al bailar con el viento. La bestia mira a Martínez, se muerde un labio, las orejas ya son humanas, el hocico ya no es tan largo.

-Bien, el juego ha terminado. Mira, me estoy convirtiendo en humano cada vez más. Aquí nos separamos.

-¡Cómo que aquí nos separamos! ¡Prometiste que si yo cumplía lo ibas a dejar en paz! Ahora ¡cúmplo!

-Y lo voy a cumplir; pero no puedes seguir mi destino. Me salvaste dos veces y no tenías porqué hacerlo, ¡hasta te beneficiaba! Tranquilízate. Voy a la casa de campo, ya queda cerca. Falta poco para que amanezca. ¡Sálvate! Tú también ya eres más carne.

-No, yo tengo que ir contigo, esto lo empezamos juntos y así lo vamos a terminar. No, tú prometiste terminar conmigo la noche. Además, ¿qué va a pasar con el verdadero José?

-Mira, yo, ya no quiero seguir escondiéndome. Tú no tienes por qué esconderte, si a ti no es al que buscan. Mejor vete ya y no te preocupes por aquel.

-¡Cómo no me voy a preocupar por José! ¡Es mi vida! Yo estoy para servir a los demás, necesito de las personas para existir. Si no cumplo con lo que prometí, salvar a José, no tiene caso que haya nacido él y toda la humanidad.

-Entonces estás necio a jugártela conmigo.

-Sí.

-Muy bien. Ve junto aquel árbol y vigila que no vayan a venir los gorilas de Hunter.

Mientras veo por donde iremos a la casa.

Martínez va hacia el árbol, da la espalda a su acompañante. Martínez mira desde atrás del árbol hacia la carretera. Un fuerte golpe lo tira al suelo. Su cuerpo cae sobre margaritas y dientes de león. Mirando hacia abajo, "Nassim" con un tronco en la mano, mueve la cabeza y

trueno la boca.

-Ni modo, así tienen que ser las cosas.

Salta a cuatro patas a través de la vegetación hasta unirse a la oscuridad.

Han pasado unos minutos. José se levanta, se recarga en el árbol, se agarra la cabeza y soba su quijada, piensa no sé qué, sus ideas todavía están dislocadas. Abre la boca y jala aire.

Un ruido de motor se escucha, cada vez es más fuerte. Voltea, es un auto, vira hacia los matorrales, se detiene. Son los hombres de Hunter. Martínez se esconde tras el árbol. Bajan los hombres, todavía trae la vestimenta de la fiesta. José, con las manos hace un embudo y lo coloca en su oreja. Uno parlotea con Dos.

-Aquí dejamos el carro para caerle por sorpresa ¡es muy listo! Pero a todos se nos acaba alguna vez. Quítate los zapatos para que no hagas ruido con las hierbas. Mira, por aquella vereda se llega al caserón, queda cerca. Nos queda muy poco tiempo, ¡vamos!

Los hombres caminan, van al encuentro con su futuro. Martínez espera unos momentos a que se alejen. Toma otro camino con la esperanza de llegar antes que la muerte.

XV

En La vecindad de la calle de Arcanos, unos tenues rayos de sol se filtran por los huecos de los cristales rotos de la vivienda de José Martínez. Acarician sus párpados. Los cantos de los pájaros apagan el mundanal ruido. El hombre abre los ojos, los talla suavemente, mira sus manos. Se levanta y corre al espejo. Ve su cara limpia, pura, inmaculada al igual que su alma. Extiende los brazos, cae de hinojos, vuelve el rostro al cielo, sus agradecidos ojos se clavan en “La Virgen Guadalupana”, que en lo alto de un nicho, magnánima, parece darle su perdón y conmiseración. José llora, ríe, besa su ojo de venado...da gracias.

XVI

La puerta se desploma en pedazos, las astillas como gallos de pelea; la oscuridad impera en el interior, una luz cae en la cara de Nassim, él desaparece, la luz poco a poco se desvanece.

-¡Qué pasa con esa luz Número Dos!

Las baterías se han acabado, Dos trata de extraerlas para verificar y volverlas a colocar dentro de la lámpara. Caen de sus manos, Uno se desespera.

-¡Deja eso ya, maldita sea! ¡Dispara!

Un tsunami de aullidos, gritos y detonaciones envuelven el galerón. Se escucha un alarido, después un golpe seco, como un bulto que se ha estrellado contra el concreto. Todo es silencio, Uno deja salir palabras.

-¿Por dónde fue? A ver, agárrate de mí. ¡Por acá!

Uno camina lento, trastabilla, tropieza con algo, cae. Toca, palmea, el bulto con el que tropezó. Es un cuerpo.

-¡Aquí está, ya le dimos en la madre! A ver Número Dos, saca la daga. ¡Ábrele el pecho cabrón!

-No se ve jefe, está muy oscuro.

-¡Nunca hablas y cuando lo haces es para decir pendejadas! ¡Aquí! –Le toma la mano e indica- ¡órale!

Dos comienza a abrir el pecho, mete profundo el puñal, con sus dedos separa la carne, introduce la mano: el sebo en los dedos; lo caliente de la sangre, el sonido de los músculos, la sensación de las arterias, algunos latidos... un fuerte jalón. El corazón ya no está en su lugar.

-¡Ya! Envuélvelo en el saco y vámonos. ¡No tenemos mucho tiempo!

XVII

El cielo da muestras de querer clarear, un auto se detiene frente a la Mansión Hunter. Los hombres agitados bajan, corren a toda velocidad, de un empujón abren el portón, los perros ladran: los patean, las huellas de sus pies dejan estelas de sudor, presurosos suben a saltos escalones, la puerta de cristal está abierta. Sudoroso, descalzo, con los tirantes del sostén por un lado de los hombros, las medias rotas, el vestido manchado y los labios con residuos de colorete Número Uno descubre el corazón a su señor. En el suelo, bocabajo Hunter, lentamente alza la cabeza, mira a Uno y Dos, levanta su tembloroso brazo y extiende la mano, Uno se acerca, deposita el corazón en la palma.

-Aquí está, ya tendrá vida eterna señor. Todavía no ha amanecido.

Hunter mira el corazón, sus ojos casi salen de sus cuencas, su cara se arruga, sus labios caen, vuelve la cabeza, su mirada lacerante se clava en los dos hombres, su boca tiembla. Palabras cortadas salen de su garganta.

-¡Imbé...ciles! Se han equivocaggg...

Hunter ya no llegará al final de sus palabras jamás.

XVIII

Perforan El firmamento frágiles rayos de sol, un hombre de trasnochada figura y boca humeante deambula pensativo por la banqueta. En sus piernas gira el aire helado y la inquietud, en su cabeza una maraña de alfileres que lo lastiman.

Bajo el cielo gris de la ciudad, camina vomitando vísceras en la orilla de las vías...